

NECROLÓGICAS

LUDWIG ASCHOFF

Dr. F. ARASA

En la mañana del 24 de junio de 1942 cerraba para siempre sus ojos Ludwig Aschoff. Con ello se apagó la vida de un hombre cuya importancia científica fué reconocida y venerada en los cinco continentes, y es, que después de Virchow y Rokitanski, se le puede considerar como el mejor anatomopatólogo que ha existido. La mayoría de sus trabajos constituyen aún hoy piezas insustituibles de la medicina, y especialmente en muchos campos de la anatomía patológica, se puede decir que no ha tenido rival.

A decir verdad es ya tradicional que la anatomía patológica germanoaustríaca ha sido en todas las épocas la mejor cuidada y representada, pues en ningún país se pueden encontrar figuras de tanta magnitud. Con la pérdida de Aschoff y lo mucho que ella significó no se ha extinguido el esplendor de la anatomía patológica germana, y aunque haya sufrido una pérdida irreparable, quedan aún valores de gran talla y entre ellos y ante todos Roessle, los cuales son continuadores fieles de las enseñanzas de los grandes maestros Virchow, Rokitanski, Aschoff, von Recklinghausen, etc.

Ludwig Aschoff nació el 10 de enero de 1866, en Berlín, siendo su padre uno de los médicos más conocidos del Berlín de aquella época, el cual decidió por sí sólo la profesión de sus dos hijos. El más joven, Albert Aschoff, siguió el camino paterno personificando hoy en Berlín, el ideal del médico de cabecera paternal, en tanto que el mayor, Ludwig Aschoff, siguió el camino del investigador, tal vez impulsado secretamente a la enseñanza, a causa de la herencia de su abuelo materno.

En su juventud estudió en el Liceo Académico de Berlín y su carrera la cursó en las Universidades de Bonn, Berlín y Strassburg. En Bonn perteneció a la agrupación «Buschenschaft», al igual como lo fué su padre. En sus primeros años le fascinaron las escrituras de Haeckel y no tan sólo como a investigador natural, sino también como a enunciador de una nueva ideología.

Desde un principio se dejó guiar por una tendencia especial hacia la morfología, pensando primeramente dedicarse a la botánica o la química, mas la idea morfológica de lo humano pudo más, y triunfó en él. Y es que la colosal obra así como la fama de Virchow le capturaron ya en sus primeros años de estudio, decidiendo hacerse un patólogo investigador.

Un sentido franco para lo verdadero así como un destino feliz, condujeron a Aschoff, doctorado en la Facultad de Bonn en 1909, hacia tal vez el más importante discípulo de Virchow, Friedrich von Recklinghausen, que se hallaba entonces en la Universidad de Strassburg, junto a quien vivió y trabajó sus años decisivos de asistente, conjuntamente con su amigo B. Schmidt. Pero precisamente por ser Schmidt más antiguo, no pudo llevar a cabo su habilitación con von Recklinghausen a causa que éste tan sólo quería tener un habilitado. Como quiera que Aschoff pensaba firmemente seguir el escalafón y deseaba habilitarse, eligió por segundo maestro a otro discípulo de Virchow, a Orth, que se hallaba en Goettingen, con quien trabajó durante un periodo de 10 años como asistente y a quien, junto con Von Recklinghausen, veneró durante toda su vida. En 1894 hizo su habilitación, siendo nombrado profesor extraordinario en 1900. Además, Göttingen le hizo un buen regalo que le había de prestar ayuda valiosa durante toda su vida: allí conoció a Clara Dietrich, con quien casó un año después de su habilitación. En 1900 llevó a cabo varios viajes por el extranjero, preludio

de aquellos que tan frecuentemente haría solicitado por la gran mayoría de países cultos para beneficiarse de sus enseñanzas.

Como sucesor de Virchow en Berlín, fué llamado Orth, estando Aschoff a punto de trasladarse a la capital para actuar como asistente en el famoso Instituto que había dejado Virchow; mas a esto siguió un llamamiento por parte del Ministro de Instrucción Pública, Althoff, para que ocupase la cátedra que Marchand había dejado vacante en Marburg. Ante tal llamamiento, Aschoff no sabía si decidirse para Berlín como asistente o para Marburg como ordinario, dejando la decisión en manos del Ministro, quien decidió que fuese a Marburg, en donde estuvo desde 1903 a 1906. Después de la muerte de Ernst Ziegler, director del Instituto Patológico de Freiburg, recibió un ofrecimiento de esta Universidad para substituirle, invitación que aceptó, y en cuya bella ciudad universitaria habría de vivir durante toda su larga y fecunda vida, a pesar de recibir numerosas solicitudes y entre ellas, las de las dos Universidades más famosas: Berlín y Viena. Ya no dejó más a su querido Freiburg, a no ser por periodos más o menos largos en los que se desplazaba a los más diversos países, como Japón, gran número de naciones americanas y casi todas las europeas: en todos estos viajes fué agasajado y distinguido con los máximos honores. Durante la primera guerra mundial dejó también y por una buena temporada su Instituto, para desempeñar el cargo de patólogo consultor del Jefe de Sanidad en el Gran Cuartel General.

En 1936 fué jubilado, pero no por eso dejó de trabajar sino que disminuyendo sus actividades en el Instituto en el cual aun continuaba, se dedicó de pleno a un sueño que ya de joven había acariciado: la historia de la medicina. Entonces dirigió hasta 1941 el seminario médico histórico y año por año fué explicando la historia de la medicina de manera magistral, mas no por eso se interrumpió su vida científica, pues continuaba desplazándose para pronunciar conferencias, las cuales eran un éxito, tanto científico como de público, el cual llenaba el local donde Aschoff hablaba, ávido de su saber: todavía en diciembre de 1939, tomó parte en un magno Congreso habido en Berlín, en donde habló acerca el «Darwinismo», y en el cual desarrollaron también conferencias las primeras figuras de la medicina europea.

Mas agotado por la edad y por la grave afección que soportaba, no tardó en retirarse humildemente a su casa, en donde esperó con una paciencia ejemplar que le llegase la muerte, para librarle de su penosa enfermedad.

Fué en Freiburg donde maduró su obra, y llegó a cimas tan altas que pronto llegaron de todos los países del mundo estudiantes y médicos para aprender con él y consultarle, y si bien en la Universidad de Freiburg habían otros profesores famosos que atraían estudiantes y sabios colegas, predominaba siempre la figura gigantesca de Aschoff con su humilde persona, la cual supo entregarse por entero a sus estudiantes. Como investigador genial y a la vez maestro apasionante, formaba Aschoff una unidad, y aquel que tuvo la dicha de trabajar con él, supo cómo de su cerebro brotaban ideas para nuevos trabajos e investigaciones.

Si se valoran los trabajos científicos que nacieron de su pensamiento y que suman 400, a más de los 1.000 de sus discípulos, se podrá tener tan sólo un valor aproximado de su obra, y aquel que trabajando con Aschoff pudo seguir el nacimiento de estas obras, sabe que él mismo era la crítica más severa, y que no descansaba hasta que había dado bien la solución de los problemas.

La juventud científica de Aschoff cayó en la última década de la vida de Rudolf Virchow, y si bien políticamente no estaba conforme con el enemigo de Bismarck, se entregó en cambio en su vida científica a la contemplación del gran maestro. Indiscutiblemente que con von Recklinghausen y Orth, ambos discípulos eminentes de Virchow, se hallaba completamente bajo la influencia de la patología celular, o sea la doctrina por la cual la mayoría de los estados

patológicos encuentran su expresión en el cambio patológico de la estructura celular, tejidos y órganos. Durante toda su vida permaneció fiel a estas influencias de sus primeros años. Incluso en su representación de la patología celular en la morfología patológica y rechazó la objeción seduciente: especialmente no esconde la independencia de la vida y de la patología de las substancias fundamentales e intermedias. Muchas veces daba la impresión que su fidelidad a la patología celular sería un hecho de veneración humana: de estas ideas nació la magnífica representación que da de Virchow en 1940.

Si llevamos a cabo una mirada panorámica a los trabajos publicados en sus tiempos con von Recklinghausen y Orth, vemos en ellos el dominio que en él ejerció la patología celular. Cuando fué llamado a Marburg se efectuó el traspaso a la patología de Aschoff desde el campo que hasta entonces había dominado de la patología de Virchow. La fuerza impulsiva para tal hecho se puede ver en su anhelo tan apasionado de dar al clínico la pregunta y respuesta, así como de hallarse siempre al lado del internista en la mesa de necropsias, preguntándose con las preguntas del clínico sus objetos e investigarlos.

Era de la convicción inquebrantable que ningún concepto clínico, así como reflexiones terapéuticas y diagnósticos son posibles, sin que se hallen aclaradas las fases histológicas de los cuadros patológicos, sin que esta concepción sea propiedad del internista. La realización de sus esfuerzos no los buscó únicamente en la comprensión teórica, sino en las consecuencias para el tratamiento médico. A este fin se puede citar su monografía sobre la apendicitis, aparecida en 1930 en Alemania y en 1932 en Inglaterra, en la que estudia detenidamente el tratamiento racional de la apendicitis, ponderando las posibilidades del tratamiento conservador contra la necesidad del tratamiento quirúrgico: hoy, después de algunos años y con los modernos tratamientos médicos, las ideas proféticas de Aschoff aun se han acreditado más; de la misma manera nació el estudio realizado conjuntamente con Bacmeister (recientemente fallecido) en 1909 acerca la colelitiasis.

Las discusiones con las preguntas formuladas por el clínico, han guiado a Aschoff a su verdadero terreno de la patología. El mundo del internista es, en primer lugar, el mundo de las funciones alteradas, de los hechos patológicos; y en segundo lugar, el mundo de las estructuras cambiadas. Ya en sus primeros años de trabajo se pudo dar cuenta Aschoff de la tirantez existente entre el clínico y el patólogo, y ello se traduce en su introducción para la monografía hecha por su discípulo y colaborador en otros trabajos el japonés Tawara, que después había de alcanzar la más gran fama como anatomopatólogo en el Japón; dice Aschoff: «La gran importancia que se da hoy día al diagnóstico funcional, y la impotencia del anatomopatólogo de demostrar en cada caso las bases morfológicas para las alteraciones funcionales de un órgano, ha conducido muchas veces a un menosprecio de las investigaciones morfológicas como el preparatorio fundamento para la comprensión de los procesos patológicos.»

Precisamente Virchow ya había reconocido la necesidad del suplemento de la patología estructural mediante una «fisiología patológica», mas no logró la realización de su obra debido a que en sus últimas décadas le fascinó exclusivamente la antropología.

Haciendo un breve resumen de su obra, veremos cómo aparte de gran cantidad de trabajos publicados en Strassburg y Göttingen, publicó conjuntamente con su discípulo Tawara en sus últimos meses de Marburg (1906) su monografía acerca problemas de la insuficiencia cardíaca y especialmente sus descubrimientos del sistema excito conductor, logrando con ello ensanchar el hallazgo hecho por His de su fascículo. A él debemos también el conocimiento de los nómulos que llevan su nombre, y que asientan en el miocardio y articulaciones y que se tiene por la gran mayoría de autores como de valor patognomónico para el reumatismo infeccioso específico, bien que hoy algunos anatomo-

patólogos como Roessle, de Berlín, y Klinge, de Münster, no le conceden tal carácter patognomónico. Y ya hemos mencionado su famosa monografía acerca la apendicitis publicada en varios idiomas. Uno de los campos preferidos de Aschoff, a la vez que de los más difíciles, es el relacionado con los lipoides y metabolismo de las grasas, así como sus trabajos acerca las suprarrenales; se ocupó también del ulcus gástrico en colaboración con Büchner, y con Koch publicó una monografía en 1919 acerca el escorbuto. Son famosos sus trabajos acerca la trombosis (1912), así como «Guerra y enfermedad», de 1915, «Lectures in pathologi», publicado en Nueva York en 1924, acerca la radioactividad de las estaciones termales alemanas 1915, así como sus trabajos sobre la patología de la vejez, enfermedades pulmonares, renales, ginecológicas, etc. El mayor maestro que ha tenido la patología hepática a la vez que el clínico más genial (conjuntamente con G. v. Bergmann) de los tiempos contemporáneos, el que fué mi querido maestro Hans Eppinger, decía, con su gran autoridad, acerca de Aschoff, que era el mejor conocedor de la anatomía patológica hepática, y sin duda al hablar así, recordaba sus tiempos de conjunto trabajo en la Universidad de Freiburg, en la que ambos genios se favorecían con sus enseñanzas.

Sin ninguna duda, en el momento de la «verdad», cual es el de la necropsia, en aquellas horas en las que abierto el enfermo de ayer y cadáver hoy, discuten el patólogo y el internista sus equivocaciones o sus éxitos, no hubo en el mundo de aun hace pocos años, una pareja más distinguida que la formada por el genial clínico y fundador de la «patología de la permeabilidad capilar», Hans Eppinger, y el mejor anatómo patólogo contemporáneo Ludwig Aschoff, cuando residían juntos en Freiburg i. Br.: tan sólo se le podría comparar la pareja de Berlín formada por el gran clínico y creador de la «patología funcional», Gustav von Bergmann, y el eximio anatomopatólogo R. Roessle. Indiscutiblemente que del contacto entre estos grandes médicos, de las reuniones que tienen semanalmente en los Institutos de anatomía patológica al discutir los motivos de la muerte, tienen que nacer grandes ideas, y de hecho, de estos cuatro hombres o sus escuelas, han fluido casi las mejores ideas de la medicina contemporánea.

Pero sobre todo, el trabajo que ha dado más nombre a Aschoff ha sido su creación de este colosal edificio etiquetado con el nombre de «sistema retículo endotelial» o «sistema de Aschoff», de gran importancia para el conjunto de la patología.

Aschoff fué objeto de grandes distinciones en todo el mundo, siendo doctor honoris causa de muchas Universidades como Bonn, Toronto, Marburg, Amsterdam, Heidelberg, Upsala, Debreen, Budapest, Atenas, etc., y miembro de 28 sociedades científicas mundiales. Al cumplir sus 70 años fué objeto de la más alta distinción alemana otorgada a contadas personas: la orden del Aguila Alemana.

Consagró su vida al trabajo y a crear una escuela, logrando con creces ambos propósitos. Mas ¿de dónde sacó este genio sus fuerzas?, pues desde su niñez hasta su vejez, no le desamparó nunca un grave asma bronquial. Sin duda esta enfermedad forma el «Talón de Aquiles» de su autodomínio: la grandeza se observa mucho más en aquellas personas que tienen algún problema intenso en su vida íntima, y todos los grandes genios han visto compensados sus sufrimientos sea del orden que sea, por la generosidad con que Dios les ha tratado en su vida científica o cultural.

Cuanto más se elevó Aschoff en el alto pedestal de su fama, tanto más se fué apartando de las influencias de Haeckel, y tanto más se hundió en la sabiduría que le proporcionaba la medicina; más tarde, cada vez era mayor su humillación, que al fin y al cabo, es lo más noble de la criatura hacia su Creador.